

No. 11 - Setiembre 1950



REVISTA INFANTIL NACIONAL

### PENSAMIENTOS DE BOLIVAR

Estoy como el Sol: brotando rayos por todas partes.

La existencia es el primer bien; y el segundo es el modo de existir.

El mando me disgusta tanto como amo la gloria, y la gloria no es mandar sino ejercitar grandes virtudes.

La suerte me ha colocado en el ápice del poder; pero no quiero tener otros derechos que los del más simple ciudadano.

Amo la libertad de la América más que mi gloria propia, y para conseguirla no he ahorrado sacrificios.

El hombre de honor no tiene más patria que aquella en que se protegen los derechos de los ciudadanos y se respeta el carácter sagrado de la humanidad.

4569 IMPRENTA LA NACION



Revista Infantil Nacional

Publicada por la

**FILIAL DE ANDE**

Cantón Central de Heredia

Directora:

**EVANGELINA GAMBOA**

Administración:

**MARIA CRISTINA MARTINEZ**

**EMMA MORALES**

Heredia

Costa Rica

## Sumario:

Pensamientos de Bolívar .....	1
Cenicienta .....	2
Ilse, la Bella Reina Muda .....	3
Cuento .....	8
Capercita Roja .....	11
Del Rincón Guanacasteco .....	13
Los Niños Hablan .....	14

Setiembre 1950

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO II

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

₡ 0.20

## CENICIENTA

Levemente, suavemente te presiento,  
como un vago pensamiento  
que se siente y no se ve.

Cenicienta, ¿dónde has ido?

En mis manos sólo queda  
—oro y seda—

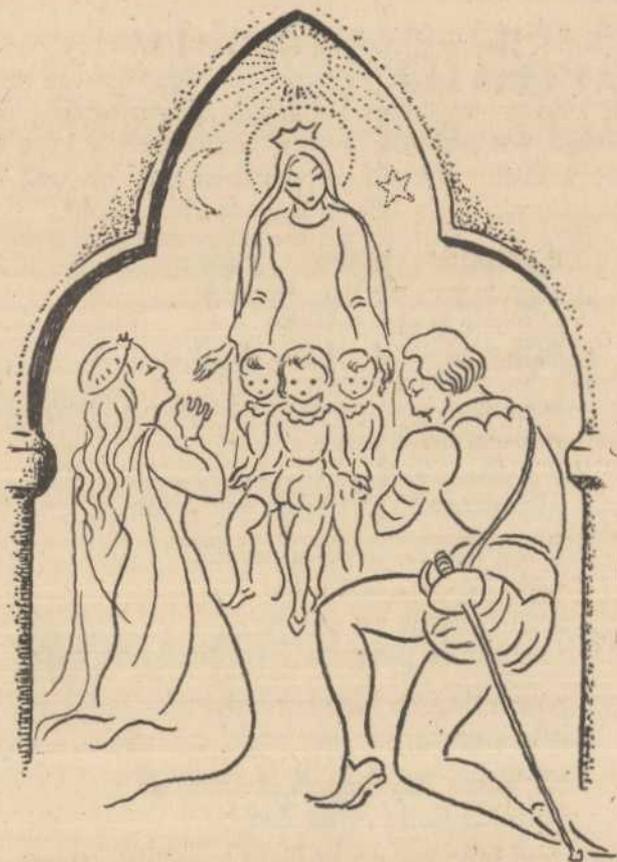
un jirón de tu vestido  
y la leve zapatilla de tu pie...

¿Dónde fuiste, sombra..., bruma...,  
flor de espuma?

Y el silencio me responde:

—¡No sé dónde  
para siempre ya se fué!

**Francisco Villaespesa.**



### ILSE, LA BELLA REINA MUDA.

Continuación

Contempló un momento la maravilla que jamás creyó ser, y luego, enderezándose y lanzando un grito de sorpresa y orgullo, arrojó el cántaro. Corrió a la cocina del castillo, y gritó al gran cocinero que encontró a su paso:

—Con semejante belleza no seré yo quien busque agua y lave la vajilla.

Sonrió el cocinero y, pensando que la muchacha había enloquecido, mandó otra en su lugar. Pero también; ésta volvió corriendo y después de tirar el cántaro, como hiciera la primera, declaró bien alto que no quería ser fregona ni comer con las sirvientas. El cocinero, viendo que la segunda muchacha volvía de la fuente tan insensata como la primera, pensó que esas aguas estarían encantadas, y como Harold, el hijo mayor del rey, acertara a pasar en ese momento frente a las cocinas, dispuesto a montar a caballo, le contó lo que ocurría. Era Harold un joven sencillo y buen mozo, serio y dado a creer en cosas sobrenaturales. El cuento del sirviente le interesó y como salía de caza, decidió detenerse en la fuente y comprobar si pasaba algo allí extraordinario.

Entretanto, Ilse continuaba subida al árbol, y como Narciso, el de la fábula, inclinada hacia el agua contemplaba su propia imagen. Alrededor de ella se agitaban las hojas estremecidas, murmuraba el viento y trinaban los pájaros, y esos temblores, y esos murmullos, y esos suspiros, y esos gorjeos se confundían en una sinfonía que, triunfalmente, anunciaba a Ilse la llegada de Harold.

Coronados de tilo y origán  
y en honor de Ilse, la rubia,  
el Lutín y el Korrigán  
bailan la ronda; bajo el sol

mientras que, en el fondo de los bosques,  
pasa la brisa alada,  
y el Stronkarl mezcla su voz  
al murmullo del agua que canta.

Cada fuente tiene su ondín;  
cada pradera sus elfos;  
cada caverna su enano  
vestido de púrpura y coronado de trébol;

pero reina de los elementos  
sólo una mujer hay en el mundo,

¡Y hasta ella llegará el amor de  
Harold! Es la rubia Ilse...

Si la hija del leñador no hubiera quedado muda por voluntad de su madre adoptiva, su admiración se hubiera expresado con mil exclamaciones, pero ni una palabra podían articular sus labios.

Y, silenciosa y pegada al tronco del árbol como una Dryada, vió llegar al príncipe, que bajando del caballo se acercó a la fuente, y separando las cañas que podían incomodarlo miró atentamente al agua, viendo también él reflejado el rostro de Ilse.

Le pareció tan hermosa, que asombrado, levantó los ojos. Y descubrió a la joven. Su tierna belleza lo conmovió como lo más perfecto que hasta entonces le fuera dado contemplar. Sintiendo vencido su corazón, como si esa extranjera fuera ya dueña de su vida, empleó ruegos tan tiernos que Ilse se dejó convencer y bajó del árbol. Harold la recibió en sus brazos, apretándola dulcemente contra su corazón. Y se hubiera dicho que ese gesto estaba ya previsto desde siempre...

Luego, alzándola sobre el caballo, la espada y el escudo colgando del arcón de la montura, emprendieron la marcha hacia el palacio en que vivía en compañía de su madre; y ambos eran tan jóvenes y tan hermosos, y era tan maravillosa su aventura, que se creería que las flores que hallaban al pasar hubieran sido sembradas por los elfos y los lutines que celebraban la perfecta unión de la bella Ilse y del rey Harold.

Al llegar al castillo, Harold presentó a la joven a su madre, pero cuando ésta quiso escuchar su voz constató que era muda.

—Esto es cosa de brujería— dijo a su hijo.— Nada sabemos de esta joven, y no creo que sea conveniente para vos, que estás destinado a ser un gran rey, el casaros con una desconocida, encontrada al borde de una fuente.

En vano el joven monarca hizo notar a su madre la belleza de Ilse, diciéndole que resultaría la reina más linda del mundo. La soberana no se dejó convencer e hizo todo lo posible para impedir la unión.

Es conocido el poder del amor y bien se sabe que se robustece cuando es combatido. Eso fué exactamente lo que pasó en el caso de la rubia Ilse y el rey Harold. Demostraron una fidelidad y constancia invencibles, hasta que la reina madre, temiendo ver morir de pena a Harold, dió su consentimiento. Las bodas fueron bellísimas. Irradiaba el palacio bajo las luces, y los elfos y los lutines y aún el Stronkarl, —que no habían abandonado a la hija del leñador a través de todas las pruebas desde que vivía en la cabaña de sus padres hasta ahora, en el castillo real—, tomaron parte en la fiesta, y bien tarde, en la noche, bailaban a la luz de las luciérnagas y los bichitos de luz.

La mudez de la nueva reina no ensombrecía el cuadro, pues Ilse era tan graciosa, saludaba con tanto encanto y sonreía tan naturalmente, que su defecto apenas se notó; y los violines de la fiesta, animando a los bailarines, tocaron hasta la madrugada.

Pasados algunos meses Ilse dió a luz un niño, y este acontecimiento aumentó, si era posible la dicha de Harold. En cuanto a Ilse, el tener un hijo a quien querer y educar, la hizo totalmente feliz.

Había transcurrido mucho tiempo, cuando, encontrando la madrina de Ilse que ésta no había soportado suficientes pruebas, pues la veía dichosa, resolvió propinarle un nuevo castigo. Con esta idea se introdujo en el castillo, llegó hasta el cuarto del niño, y aprovechando que su nodriza estaba dormida cortó un dedito al recién nacido. La reina acudió presurosa al escuchar el llanto de su hijo y su madrina le dijo severamente al tiempo que salpicaba el rostro con esa sangre inocente:

—¡Ahora sentiréis tanta pena como sentí yo cuando dejaste escapar la estrella!

Luego, alzando la criatura, la ocultó bajo su manto azul y huyó. La nodriza, despertándose, vió la cara ensangrentada de la reina, y al notar la desaparición del niño se afirmó en ella una sospecha que tuviera de mucho atrás; Ilse, la reina muda, era hija de los Trolls; y no dudó por lo tanto, que había devorado a su hijo.

La reina madre simuló creer la fábula de la sirvienta, y como el infanticidio se castigaba con la muerte, exigió que Ilse fuera quemada viva. Pero Harold era tan bueno y generoso, amaba tanto a Ilse y la creía tan incapaz de esa acción abominable, que amenazó a su madre con matarse si no indultaba a Ilse.

Es de creer que la vieja reina se impresionó ante la amenaza, pues hizo venir a la joven y la perdonó. Al año de esto, Ilse la rubia, tuvo otro niño tan lindo como su madre y como el hermanito desaparecido. La reina madre, prudentemente, decidió que cuidaran de él varias nodrizas que se turnaban para vigilar constantemente al niño y no perderlo nunca de vista.

Sin embargo, un día tórrido de verano en que el sol quemaba y el aire era sofocante, las nodrizas, embotadas, se adormecieron. Y entonces sucedió lo mismo que la vez anterior. La madrina de Ilse llegó al dormitorio, cortó un dedo al niño, embadurnó con su sangre el rostro de la madre que había acudido alarmada, y con implacable resentimiento dijo:

—¡Ahora sentiréis la misma pena que sentí yo cuando, a pesar de habérselo prohibido, me desobedeciste y dejaste escapar la luna!

La desesperación de Ilse no atenuó la indignación de la reina madre al constatar el nuevo asesinato. Todo fué en vano, y ya se daba al verdugo la orden de preparar la hoguera para Ilse, cuando Harold, loco de dolor, sacó la espada e hizo ademán de traspasarse con ella. Aterrorizada, la reina, su madre, declaró, bien a pesar suyo, que por conservar a su hijo concedería el indulto a su nuera.

El rey y la reina, dichosos de haber escapado a tan serio peligro, volvieron a vivir para quererse y amarse sin pensar en más. Y llegó un tercer niño y esta vez la reina madre puso una guardia de arqueros y lanceros, elegidos entre los más valientes hombres de armas, que acompañaban continuamente al niño y a las nodrizas. Las precauciones hubieran bastado si el poder de la madre adoptiva de Ilse hubiera sido terrenal, pero como la naturaleza toda le estaba sometida, fué para ella un juego de niños dejar caer en los ojos de los guardianes unas gotas de papaverina, sabiamente destilada, y toda aquella gente cayó en profundo sueño. Y la bella dama pudo penetrar en el castillo por tercera vez, llegar al cuarto del infante, cortarle un dedo y ensuciar con sangre a la madre, al tiempo que le decía:

—¡Ahora sentiréis aún más dolor del que yo tuve cuando, pasando sobre mi voluntad, dejaste escapar al sol!

Y agachándose, recogió al niño que lloraba y se lo llevó, bien oculto entre los pliegues del manto. La reina cayó desvanecida.

Cuando Harold se enteró de la desgracia comprendió que no había perdón para Ilse.

Las leyes del Estado eran rigurosas y la reina, su madre, declaró horrorizada que esta vez la sentencia sería cumplida. La desesperación de Harold y de Ilse no tuvo límites.

Lloraron tanto, cubrieron su cabeza con tanta ceniza, y golpeándose el pecho dieron tales muestras públicas de amor y dolor, que, cuando descalzos se dirigían a la capilla, se produjo el milagro. Había sobre el altar una pequeña imagen, azul y oro, igual a la que estaba en casa de los padres de Ilse en un pequeño nicho sobre la puerta.

Rezaba Ilse con fervor, y la dulzura y emoción de la plegaria, en que se derramaba su corazón de reina y de madre, llegó hasta la imagen, que se animó y creció, hasta que Ilse, arrobada, reconoció en la figura de la Madre de Dios las facciones de su madrina.

Esta, sonriendo inefablemente, inclinó la cabeza y separando ligeramente el manto que la cubría dejó ver a los tres niños, hijos de Harold e Ilse, sonrientes y hermosos como ángeles. Y se oyó una voz, de acento divino, como sólo se escucha en los cielos, que decía:

—“Ilse, heme aquí, yo soy la Virgen María . . .

Tengo piedad de tu dolor . . . Has sufrido ya mucho, tanto como sufrí yo cuando, por tu desobediencia, dejaste escapar esta media luna en que apoyo los pies, la otra que me corona, y esta estrella de oro que llevo prendida en el manto . . . ¡Te he perdonado, y porque mucho has llorado, porque te has arrepentido de tu falta y has sido sumisa, por eso, Ilse, te devuelvo la voz y tus hijos!”

Aún no había desaparecido por completo la Virgen María, ni la imagen había recuperado sus pequeñas proporciones, cuando Ilse, del brazo de Harold y rodeada de sus hijos, tuvo otra visión, aunque de carácter más humano. Le pareció ver a la estatuita en un nicho, sobre la puerta de entrada de una cabaña. Y continuó la visión: se perfiló el techo y la casilla toda, en medio del bosque, y en ella vió la reina a dos pobres viejitos, el leñador y la leñadora, que ansiosos la llamaban. Abrió ella los brazos y cayó desvanecida de felicidad. La vistieron regiamente, y la reina madre ordenó festejos incomparables cuando Ilse despertó, después de pasar un día entero sin sentido, comprobó que en realidad tenía a su lado a su viejos padres y a los tres niños. Entonces, por primera vez, se escuchó su voz, de timbre admirablemente puro. Y el murmullo de su plegaria se sumó al ligero sonido de la flauta que en lo más profundo del bosque tocaba el **Stronkarl**, mientras, tomados de la mano, los **lutines** y los **elfos** bailaban la ronda, mirándose en el espejo de las aguas del lago.

### Edmond Pilon — (Antiguo Cuento Nórdico)




---

Mientras se decide el Concurso, nosotros anunciamos a todos los niños que vamos a tener exposición de los lindos trabajos presentados por ellos, durante la Semana Cívica.

---



## CUENTO

Rubén Darío.

Margarita, está linda la mar,  
 y el viento  
 lleva esencia sutil de azahar;  
 yo siento  
 en el alma una alondra cantar:  
 tu acento.  
 Margarita, te voy a contar  
 un cuento...

Este era un rey que tenía  
 un palacio de diamantes,  
 una tienda hecha del día  
 y un rebaño de elefantes.  
 un kiosko de malaquita,  
 un gran manto de tisú,

y una gentil princesita,  
tan bonita

Margarita,  
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa  
vió una estrella aparecer;  
la princesa era traviesa,  
y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla  
decorar un prendedor,  
con un verso y una perla,  
y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas  
se parecen mucho a ti:  
cortan lirios, cortan rosas  
cortan astros. Son así.

Pues se fué la niña bella,  
bajo el cielo y sobre el mar,  
a cortar la blanca estrella  
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,  
por la luna y más allá;  
mas lo malo es que ella iba  
sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta  
de los parques del Señor,  
se miraba toda envuelta  
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: “¿Qué te has hecho  
Te he buscado y no te hallé;  
y qué tienes en el pecho,  
que encendido se te ve?”.

La princesa no mentía.  
Y así, dijo, la verdad:  
—“Fui a cortar la estrella mía  
a la azul inmensidad”.

Y el rey clama: “¿No te dicho  
que el azul no hay que tocar?  
¡Qué locura! ¡Qué capricho!  
¡el Señor se va a enojar!”

Y dice ella: “No hubo intento;  
yo me fuí no sé por qué;  
por las olas y en el viento  
fuí a la estrella y la corté”.

Y el papá dice enojado  
—“Un castigo has de tener:  
vuelve al cielo, y lo robado  
vas ahora a devolver”.

La princesa se entristece  
por su dulce flor de luz,  
cuando entonces aparece  
sonriendo el buen Jesús.

Y así dice: “En mis campiñas  
esa rosa le ofrecí;  
son mis flores de las niñas  
que al soñar piensan en mí”.

Viste el rey ropas brillantes  
y luego hace desfilar  
cuatrocientos elefantes  
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,  
pues ya tiene el prendedor  
en que lucen con la estrella,  
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,  
y el viento  
lleva esencia sutil de azahar:  
tu aliento.

Ya que lejos de mí vas a estar,  
guarda, niña, un gentil pensamiento  
al que un día te quiso contar  
un cuento.



### CAPERUCITA ROJA

Una vez vivía en una aldea una niña campesina, lo más linda que se había visto. Si su madre la quería con exceso, su abuela la idolatraba. La buena de la abuela le había hecho una caperuza encarnada, y le caía tan bien y le daba tanta gracia, que la gente dió en llamar a la niña Caperucita Roja.

Un día que su madre hizo unas tortas, le dijo:

—Anda, hija mía, a ver qué hace tu abuela, porque me han dicho que no está muy bien. Llévale una torta y un tarro de manteca.

Caperucita Roja se encaminó inmediatamente a casa de su abuela, que vivía en otra aldea, y al pasar por el bosque se encontró con el viejo Lobo que tenía muchas ganas de comérsela, aunque no se atrevía a causa de unos leñadores que se hallaban en el bosque. Le preguntó dónde iba. Y la pobre niña que ignoraba lo peligroso que es detenerse a hablar con un lobo, le contestó:

—Voy a ver a mi abuelita y a llevarle una torta y un tarrito de manteca de parte de mamá.

—¿Vive muy lejos?—preguntó el Lobo.

—¡Oh! ¡Ya lo creo!—contestó Caperucita Roja.—  
Detrás de aquel molino que se ve desde aquí, en la primera casa del pueblo.

—Bueno—dijo el Lobo, yo también iré a verla. Yo iré por este camino y tú por aquel, y a ver quién llega antes.

El Lobo echó a correr con todas sus fuerzas, tomando por el atajo, y la niña siguió el camino que llevaba, y se entretuvo en recoger nueces, perseguir mariposas y hacer ramilettes con las flores que encontraba.

El Lobo no tardó en llegar a casa de la anciana, y llamó a la puerta: pam, pam.

—¿Quién es?

—Tu nieta, Caperucita—contestó el Lobo falsificando la voz,—que te trae una torta y un tarrito de manteca de parte de mamá.

La abuela que se había acostado porque estaba un poco indispuesta, gritó:

—Levanta la manita y haz caer la aldabita.

El Lobo hizo caer la aldaba, abrió la puerta, se lanzó sobre la buena mujer y se la comió en un momento, pues hacía tres días que no había probado un bocado. Luego corrió la puerta y se metió en la cama de la abuela, esperando a Caperucita Roja, que llegó poco después y llamó a la puerta: pam, pam.

—¿Quién es?

Caperucita Roja, al oír la recia voz del Lobo, se asustó un poco; pero, pensando que su abuelita estaría resfriada y un poco ronca, contestó:

—Tu nieta, Caperucita Roja, que te trae una torta y un tarrito de manteca de parte de mamá.

El Lobo le gritó suavizando la voz cuanto pudo:

—Levanta la manita y haz caer la aldabita.

Caperucita Roja hizo caer la aldaba y abrió la puerta. El Lobo, al ver que entraba, se escondió bajo las ropas de la cama y dijo:

—Pon la torta y el tarrito de manteca en la panera y acuéstate conmigo.

Caperucita Roja se desnudó y se metió en la cama,

donde, muy sorprendida al notar lo grande que era su abuela en camisa de dormir, le dijo:

- ¡Qué brazos tan grandes tienes, abuelita!
- Son para abrazarte mejor, hija mía.
- ¡Qué piernas tan grandes tienes, abuelita!
- Son para correr mejor, hija mía.
- ¡Qué orejas tan grandes tienes, abuelita!
- Son para oír mejor, hija mía.
- ¡Qué ojos tan grandes tienes, abuelita!
- Son para ver mejor, hija mía.
- ¡Qué boca tan grande tienes, abuelita!
- Es para devorarte.

Y esto diciendo, el malvado Lobo se arrojó sobre la pobre Caperucita Roja y la comió toda entera.

*Perrault.*

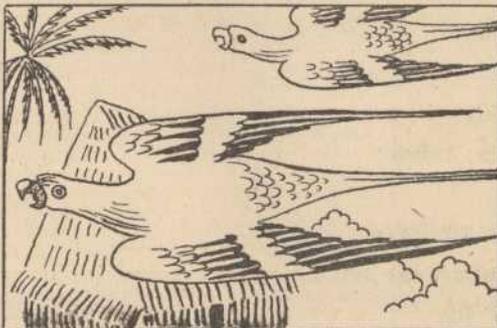
### DEL RINCON GUANACASTECO.



El caballo, en la llanura,  
galopa tras de la res:  
marimba el suelo sonoro,  
bolillos los cuatro pies.



Se bebe en jicara el tiste,  
se come el nacatamal,  
y el coyol da vino dulce  
en jicara y en guacal.



Pasa la lapa volando  
—rojo, amarillo y azul—  
y es una joya en el aire  
de colores y de luz.



Y es el guanacasteco,  
hermano en nuestra Nación,  
un hombre sobre un caballo  
y un canto en el corazón.

## PRIMERA SEMANA NACIONAL DE LA CONSERVACION DE LOS RECURSOS NATURALES

11—16 de Setiembre próximo. —

### Una carta que todos los padres deben leer.

Querido papá:

Le escribo con mucho interés porque en los últimos días por cosas que he oído en el radio y en la escuela y que he leído en los periódicos he aprendido mucho que quiero contarle. Este año quieren que la Fiesta de la Independencia la celebremos de una manera diferente y para eso nos están enseñando que los mejores honores que se le puede hacer a la Patria se logran convenciendo a todos los costarricenses de que hay que conservar el agua, el suelo, el bosque y otras cosas a las que dan el nombre de Recursos Naturales.

He aprendido que cuando los agricultores destruyen el suelo y el bosque hay menos comida, menos leche y se seca el agua, los animales mueren y todo se vuelve un desierto; dicen que para ser buen ciudadano hay que ser comprensivo con la Naturaleza, porque cuando se le trata mal se empobrece el país y la gente vive en la miseria y con la tierra y la gente pobre la Patria no llega a ser lo que queremos que sea.

Aprendí también que la tierra y todos los Recursos Naturales son bienes que Dios dá a los hombres para que los exploten, los conserven y los mejoren para que sus hijos puedan disfrutar de ellos y vivir en la abundancia y que cuando se destruyen estos Recursos se está condenando injustamente a los hijos a la pobreza.

Papacito yo se que Ud. nos quiere mucho y le gustará que mis hermanitos y yo podamos vivir bien cuando estemos grandes, por eso le pedimos que conserve el suelo, el agua y el bosque para que cuando seamos hombres bendigamos su nombre todos los días.

Su hijo que lo abraza,

**CARLOS.**

*Ministerio de Agricultura e Industrias con la colaboración de los de Educación Pública, Salubridad Pública y de Stica.*

Los niños hablan.

Antonio Jara — II<sup>o</sup> Grado  
Escuela Cleto González Viquez — Heredia

### SUEÑO AZUL

En la escarpada montaña  
 todos se acuerdan  
 del sueño, el sueño azul.  
 Pero en la ciudad  
 no es así,  
 todo lo desprecian,  
 hombres, mujeres, niños;  
 y el sueño azul  
 vuelve al bosque sombrío  
 donde todos lo acarician,  
 las aves y todos los  
 animales.

José Alberto Chen Apuy.  
 2<sup>o</sup> Grado

*Conserve la cabeza  
despejada*

TOME

# Sal Uvina



Pídala en  
todas partes

Refrésca y corrige  
la digestión en un  
instante —

*SIENTA ese grato bienestar,  
que baja de la cabeza a los pies,  
tomando un sobrecito de la efer-  
vescente Sal Uvina, en medio  
vaso de agua. —*

Insista en que le den la  
legítima SAL UVINA de  
los Laboratorios

**BOTICA FRANCESA S. A.**

